EL NIDO

Dispuse ambos brazos sobre la mesa y tras colocar el uno sobre el otro, formé un confortable lecho donde apoyé mi cabeza. Desde esa perspectiva, con la cabeza girada hacía la única ventana de la cocina, pude visualizar en el extremo del tablero los restos del desayuno. El sol se abría paso por el cristal y envolvía con tonos azulados y verdosos dos chispeantes moscas que bailoteaban alegremente sobre el queso de unas tostadas inacabadas.

Como si de un crimen se tratase, el trozo de pan mordisqueado y el queso fermentado, conformaban la perfecta evidencia delictiva. Hasta el doctor Watson, sin ayuda alguna, habría podido adivinar su malhechor. Irrefutablemente, debía tratarse de mi hermana, Dalia. En realidad, el caso era algo más complejo. El origen de la fechoría encontraba un verdadero culpable en el pequeño aparato resplandeciente que la conectaba – o más bien separaba - del mundo. Sin duda alguna, Dalia había vuelto a pernoctar. Había cambiado el blanco fulgor de la luna por el del móvil. Pasaba largas horas abstraída en un universo irreal y frívolo que sostenía en la palma de su mano. Mi madre, decaída, maldecía la llegada de la red al pueblo. Jamás lograría habituarse al molesto ruido del dichoso dispositivo y entre suspiros manifestaba su resignación. Según las revelaciones de mi progenitora, desde mi partida, el desinterés de mi hermana no había hecho más que acrecentar.

Estaba absorto en mis presunciones, cuando advertí que los dos dípteros que antes vestían de gala y festejaban su corrompido manjar, habían perdido sus colores vivos metalizados optando por enfundarse sus más siniestros trajes de luto. Automáticamente, mis ojos fueron atraídos hacia la ventana. Sobre el alféizar, un pájaro había decidido parar a descansar. Pese a su pequeño tamaño, con ingenio, había logrado desproveer a las dos moscas de la reluciente luz de la tarde. Decidí incorporarme para poder admirarlo mejor. Como si fuese consciente de su público, el presuntuoso, abrió sus alas

para jactarse de su fulgente plumaje negro y blanco. Acto seguido, comenzó a engalanarse con su minúsculo pico hasta que fue interrumpido por la llegada de un nuevo ave que se posó próximo al presumido alado. Este último, era incluso más bello. Su cuerpo, elegante y noble, lucía finas plumas con un tinte más azulado en cabeza y dorso. Además, su cuello estaba adornado con una gargantilla rojiza. Comprendí que se trataba de una pareja de golondrinas. Debían buscar un refugio para establecer su nido. La aparición me sobrecogió. Años atrás, se marcharon un frío otoño, pero nunca regresaron con la llegada de la cálida primavera como acostumbraban.

Mi familia vive en la denominada España vacía. Hace tan solo unos meses, escapé de este páramo para proseguir mis estudios. Recorrí largas distancias hasta quedar eclipsado por el bullicio y los planes incesantes de la gran ciudad. Cada día suponía una nueva aventura. Me costaba enormemente decantarme por una u otra diversión. La noche, adornada con luces de colores palpitantes y ruidos, se fundía con el día haciendo difícil discernir el paso de las horas. Todo era dinámico, confuso y agitado. Me acostumbré al olor a fritanga combinado con el hedor de la muchedumbre y el monóxido de carbono de los tubos de escape. Los sonidos eran caóticos, el tumulto gritaba, los teléfonos resonaban, los motores rugían, las puertas chocaban y la música callejera retumbaba originando una discordante sonoridad. Había demasiado gentío para prestar atención a cada individuo resultando un mundo impersonal y frío. La soledad, podía palparse en los recovecos de los abarrotados locales. Aunque echaba de menos mi salvaje municipio, era dichoso de poder pertenecer a ese desorden. Sin embargo, estos estímulos, asociados a mi inmadurez y sencillez, condicionaron negativamente mis estudios. Así, en vísperas de mis últimos exámenes regresé a casa reclamando el calor y la tranquilidad que brindan el anhelado hogar.

Seguí mirando por la ventana mientras recordaba al centenar de caseríos que conformaban el pueblo. La mayoría, habitados por ancianos, luchaban por mantenerse en pie. Eran pocas las familias jóvenes con hijos. En el sosegado municipio, la fragancia a pasto y cieno se colaba por las grietas de las centenarias viviendas. Durante la primavera, el zumbido de los insectos y el piar de los pájaros parecían honorar al mismísimo Vivaldi. Además, existía un fuerte vínculo entre los pocos habitantes de la aldea.

Permanecí largo rato contemplando las dos aves revolotear, ensimismado, deteniéndome a observar la vida pausadamente. Recordando el propósito de mi regreso, me trasladé al salón donde mi libro yacía abierto por la lección aún inacabada. Me senté en una de las robustas sillas de nogal que adornaban la estancia y proseguí con mi cometido.

Tras un largo rato, la armoniosa melodía de la vida tras los muros fue interrumpida por unas llaves retorciéndose en la cerradura de la puerta. Con grandes zancadas y aire abatido entró Dalia tras regresar del colegio. Con indiferencia, arrojó el macuto al suelo causando un estruendo. La miré con descontento y obtuve como única respuesta un sonido ininteligible. Acto seguido, se tumbó en el sofá boca arriba y con la cara iluminada, se inmiscuyó en una ilusoria farsa representada por miles de pixeles desiguales. El artilugio, emitía sonidos intermitentes que acompañaban alguna estúpida risa de mi hermana. Empecé a impacientarme y a gruñir en voz baja. Dalia, debió darse cuenta ya que se levantó del diván de felpa y se encerró en su habitación prosiguiendo su tarea.

Me entristecía la nueva relación que se había establecido entre nosotros. Antes de mi partida, solíamos ser inseparables. Pasábamos las tardes vagando por los serpenteantes senderos de los familiares aledaños. Mi hermana, a veces se acercaba a mi oído y con

picardía confesaba “aunque fuésemos cien mil más, seguirías siendo mi preferido entre todos”. Ahora, su actitud era hostil y distante. Pensé que mi regreso la alegraría, pero apenas habíamos intercambiado palabra durante estos días.

Mis padres llegaron de trabajar al anochecer e interrumpí mi labor para cenar. Mientras disfrutábamos en familia de los mejores manjares de la tierra, mi padre con los ojos relucientes relató con gran emoción como había sorprendido a una pareja de golondrinas revoloteando en las proximidades de la casa. Mi madre, se alegró con desmesura y concluyó que la imperturbable vida lograría abrirse paso al no existir nada más tenaz que el deseo de sobrevivir.

Mi familia, siempre se había dedicado a la ganadería. Antiguamente, mis abuelos contaban con centenares de animales que posteriormente vendían para el consumo humano. Mis padres, habían vivido toda su vida en el mismo pueblo – dudaba que pudiesen habitar otro lugar - y su ocupación no había sido otra que la familiar.

Hace unos años, unos ladinos hombres convencieron a todos en la aldea para establecer un boyante negocio que brindaría prosperidad. En menos de un año, operarios y maquinas lograron levantar un colosal complejo de explotación ganadera. Trajeron decenas de miles de cabezas de ganado. Incumpliendo su promesa, solo unos pocos consiguieron un trabajo en las instalaciones. Se murmuraba que los animales contaban con tan poco espacio que apenas podían girar sobre sus patas. El flamante negocio dejó sin hacienda a decenas de familias con tradición estanciera. Por si fuese poco, se crearon varias piscinas para arrojar los residuos de los animales. Con el tiempo, el agua de las pozas del río donde tantas veces nos habíamos bañado en estío, dejaron de ser potables. Los insectos y los pájaros enmudecieron. Las golondrinas que solían buscar cobijo en nuestros muros, se ausentaron. Finalmente, las familias desprovistas de todos sus bienes naturales, comenzaron a abandonar las curtidas tierras.

Mis padres se posicionaron en contra de la monstruosa granja, pero no pudieron más que resignarse y con astucia, lograron esquivar la inevitable decadencia abogando por el medio ambiente. Nuestros animales pastaban libres por el prado y con ligeros cambios en los piensos e instalaciones, parecían más sanos y fuertes. Mi familia estaba muy satisfecha con sus logros y mi padre siempre decía que no había ganado más afortunado y lustroso que el nuestro. Con todo, nuestra economía había mermado y algunos meses, los rudimentarios pagos de la hacienda resultaban imposibles.

Mientras mi hermana escuchaba en silencio jugueteando con las migas del pan, mis padres siguieron regocijándose con aire festivo por nuestros nuevos invitados alados. Durante toda la cena anhelaban los días pasados y esperaban que las aves estableciesen su nido en los alrededores de la casa.

Al día siguiente, me acerqué con prudencia al cristal de la cocina donde la víspera anterior había contemplado a la feliz pareja. Sobre el muro adyacente a la ventana me deleitó una novedosa mancha de lodo. Parecía el armazón de un posible cubil. Excitado, me imaginaba los radiantes rostros de mis padres al comunicarles la buena nueva. Permanecí con la mirada fija en el machado muro hasta que abrumado por la ausencia de las aves, regrese al comedor prosiguiendo mis tareas.

Cuando Dalia llegó de clase, a la vez que se deshacía de sus pertenencias, corrió a la cocina. Me levanté de un salto siguiendo sus atropelladas pisadas. Permanecimos largo rato en silencio con la nariz pegada al cristal, observando las dos golondrinas transportar palos y lodo entre sus picos. Mi hermana debía haberlas avistado desde el exterior. Al llegar la noche, Dalia se apresuró a contarles a nuestros padres con suma dedicación, el descubrimiento de las aves. Como sospechaba, ambos acogieron la primicia con gran alborozo.

Pensé que al día siguiente, mi hermana, ya habría olvidado al feliz dúo y volvería a sus quehaceres habituales. Para mi júbilo, esta vez, había errado en mis deducciones. Cada día, al llegar de clase, la pequeña de la casa pasaba largos ratos vigilando el vuelo de los dos plumados. La piel de mi hermana, antes grisácea, parecía querer recuperar su color habitual. En las cenas, solo se hablaba con entusiasmo, de los progresos diarios del pequeño nido y de la diligente pareja alada. En mi caso, aunque pasaba la mayor parte del tiempo enfrascado en mis tareas, siempre acudía a deleitarme con los bocados de barro que transportaban en sus minúsculos picos las golondrinas. Tras varios días de idas y venidas entre el salón y la cocina, decidí pasar mis largas horas de estudio junto a los fogones. Así, podría contemplar la vida rozar los cristales cada vez que lo desease.

Ese día, cuando Dalia volvió, no pareció alegrarse de mi nueva ubicación. Ignoré su mueca de aflicción y la invité a unirse a la mesa. Con desconcierto, se sentó en la silla próxima a la ventana y escudriñó el cobijo de tierra y sudor. Después, cogió una libreta de su mochila y la garabateó durante toda la tarde.

Los días discurrían plácidamente con cierta monotonía marcados por el vaivén de las golondrinas. Con timidez, Dalia recuperaba su verborrea y al llegar de la escuela, se sentaba a mi lado y efectuaba diversas tareas. A veces, leía en silencio, otras dibujaba o realizaba sus variados trabajos. Según pasaba el tiempo, sentí que la enorme frontera que nos dividía ya no era más que una tenue línea pintada con tiza sobre un asfalto mojado.

A las dos semanas, el nido ya estaba acabado. Durante el crepúsculo de su finalización, Dalia observaba inquieta por el gran agujero de la pared. Tras reprimirse un largo rato, señaló vacilante a través de la ventana mientras revelaba con dulzura cuanto desearía escuchar de cerca la viva melodía. Entendí que quería que la acompañase a pasear y concluí que un descanso no podría hacerme ningún mal.

En los prados, los pájaros volvían a entonar su viejo canto junto con el zumbido de los insectos que coreaban los bramidos de los animales. Mi hermana corría de un lado para otro, entusiasmada me mostraba algún insecto, flor o pedrusco de su interés. La vida parecía regocijarse sobre la tierra fértil. Me agaché sobre el mismo lodo que servía de refugio para las golondrinas y con el dedo índice, tracé el esbozo de un pájaro. Esto pareció divertir sumamente a mi hermana que me imitó a su vez. A lo lejos, divisé la enorme granja cercada por sus descomunales lagos verdes putrefactos. La visión me angustió. Es nuestro olor, color y sabor el mismo que el de la tierra que pisamos. Su destrucción, será la transgresión que nos condene a todos. En ese momento, recordé los esfuerzos de mi familia por preservar la vida y la tierra y no pude evitar que un cosquilleo de satisfacción se apoderase de mí.

Aunque cada vez las horas de luz eran más largas, los días sucesivos parecieron acortarse. A nuestra invariable rutina incorporamos una corta caminata iluminada por los últimos rayos del día. Las golondrinas, ya habían puesto sus huevos. Pronto los polluelos reclamarían nuevas energías, y yo, debía regresar a la ciudad para concluir mis pruebas.

Con el rostro apoyado en el cristal del tren, escuchaba el fuerte chirrido de los railes que anunciaban mi regreso a la escandalosa metrópolis. Mientras, soñaba con la armoniosa vida. Mi dicha era incalculable. En pocas semanas, mi hermana, había vuelto a dedicar el tiempo a aquello que le brindaba felicidad y nuestra paralizada sintonía se había restablecido. Espero que Dalia siga floreciendo y se cuide con la misma delicadeza con la que mis padres tratan de sanar las cicatrices de nuestra ajada tierra. Tal vez, una sola golondrina no pueda garantizar la llegada del verano. Pero la ilusión por un futuro mejor reside en la pequeña pareja de nuestra ventana. Deseo que el nido resista y que la vida regrese la próxima primavera. *El príncipe feliz.*